

El piadoso entusiasmo de esta reina le parecía únicamente poder asegurar, no tan sólo los medios de ejecución sino la realización del objeto supremo que mentalmente daba á su empresa. Efectivamente, el descubrimiento de una India occidental era en su pensamiento más que nunca el camino que debía conducirle á la liberación de la tierra santa, amenazada en aquel mismo momento por el islamismo con las más sacrilegas represalias. Si aún no entreveía toda la importancia material de su empresa, dábale moralmente otra mucho más elevada y vasta que ningún conquistador la soñó jamás igual: coger al islamismo entre dos fuegos, tal fué el deseo que opuso de acuerdo con Isabel, á las intimaciones del sultán de Egipto. La reina, además, encargó á los dos frailes franciscanos portadores de las sobredichas amenazas, que anunciaran al Sultán la rendición de Baza, de la que acababan de ser testigos, y, de antemano, la toma de Granada que no debía tardar, efectivamente, á coronar la guerra santa.

Reunida nuevamente la junta en Salamanca, á instancias de Colón, había terminado por declararse solemnemente contra el proyecto, declarándolo tan impracticable en su parte material como desprovisto de toda base científica.

Esta decisión, una de las más burlescas que jamás haya dictado una corporación sabia, no había ejercido ninguna influencia en la reina; y no cesaba de sostener á Colón por promesas de cuya sinceridad no se podía dudar, pero cuya ejecución se difería siempre al término de la guerra, de aquella guerra que no se acababa.

Y se sucedían con mortal lentitud los días, los meses, los años, años de expectación, de diligencias, de luchas estériles, de fluctuaciones, cuyos pormenores pueden únicamente dar la medida de la heroica perseverancia de Colón por la fatiga que causan al lector.

En los sitios, en campaña, tenía á lo menos la diversión del peligro y la exaltación de la causa. Allí encontraba amargas delicias en exponer, como el hombre más vulgar, una vida cuya maravillosa preservación le renovaba continuamente la prenda de su predestinación.

Pero las fiestas, aquellas fiestas en que la alegría pública parece un insulto á las penas privadas, las triunfales entradas en ciudades, los bailes, las carreras de caballos, en todo esto la paciencia de Colón estaba sujeta á pruebas á las que su dignidad debía finalmente imponerle no asistir.

Tomada esta resolución, adivinase fácilmente donde fué primeramente á buscar consuelos.

El padre Guardian le esperaba. Habían pasado cuatro años desde su separación, cuando dió otra vez el beso de paz, cuando volvió á abrir el asilo de la oración á aquella grande alma siempre en pena. El dolor del buen padre era igual al de su huésped, con un aumento de confusión y casi de remordimiento, ¿no había

por ventura fortalecido él en el ánimo de Colón aquella confianza que la reina había justificado tan poco?

Colón se apresuró á disculparle tocante á esto: no se quejaba de Isabel, en quien había creído siempre, y cuyas dificultades y preocupaciones de todo género comprendía. Menos que nunca dudaba de las intenciones, de las promesas de una mujer tan noble, de una reina tan santa; pero no viendo que las circunstancias pudieran por mucho tiempo serle favorables, inclinábase á trasladarse ya á Inglaterra donde había trabado algunas relaciones, por la intermediación de su hermano Bartolomé, ya cerca del rey de Francia Carlos VIII, quien había dispensado desde poco tiempo ántes favorable acogida á sus proposiciones.

El padre de Marchena no vaciló en combatir unos proyectos que, en su fe en el genio de Colón, juzgaba tan funestos para sus soberanos como para su país. Insinuó que Carlos VIII era indudablemente un príncipe muy aventurero, muy bravo, muy distinguido, pero que también era muy joven, y acusando en su conducta toda la ligereza de su edad.... y de su nación: enemigo de Italia además amenazaba ya la patria de Colón. Y luego después, en Francia tendría que comenzar todo de nuevo. Ciertamente que á Colón no le faltarían protectores, ni hasta ángeles tutelares, en una nación que había producido una Juana de Arc; pero ¿no había sido quemada esta Juana de Arc, sin que su nación diera un paso para socorrerla? ¿Habíase visto nunca cosa semejante en el país donde reinaba Isabel?

Finalmente, el padre de Marchena no era el único que abogaba á favor de aquella causa patriótica: Colón se encontraba ahora en un terreno menos árido que el de la Universidad. La fecunda palabra de Juan Pérez le había suscitado en su ausencia amigos y adeptos que era una maravilla. El médico Juan Hernández no sólo creía en el sistema, sino que también quería marchar en el primer viaje, como lo hizo efectivamente. No menos entusiasmado, pero más útil Martín Alonso Pinzón, uno de los mejores marinos y de los más ricos armadores de Palos, se ofrecía á contribuir por una gran parte á los gastos de la expedición.

Tan halagüeñas adhesiones é instancias tan vivas no podían dejar de ablandar el resentimiento de Colón, por justos que fuesen sus motivos.

Juan Pérez había tomado por su cuenta escribir directamente á la reina, y cierta noche que vió á Colón conmovido, le enseñó la respuesta que acababa de recibir en aquel mismo instante, y por la cual se le llamaba á la corte. Cedió Cristóbal Colón, y luego que se hubo declarado, mandó el padre Guardian ensillar una mula de alquiler, y partió á la media noche, sin compañía, sin guía, solo. Atravesó de este modo unas cien leguas de un país recientemente conquistado á los moros, y llegó finalmente, no sin dificultades, pero sano y salvo, delante de Granada, cuyo sitio estrechaban los dos reyes. El buen fraile tenía también su

sitio que poner y estrechar. Admitido sin retardo á la presencia de la reina , escribía el mismo día á Colon : «Llegué , vi , Dios venció.»

Efectivamente , no sólo había renovado Isabel á Juan Pérez las mismas seguridades que á Cristóbal Colon , sino que mandaba llamar á su lado á este , con las más honrosas instancias y le hacía entregar una indemnizacion de viaje y alojamiento.

Otro hecho tambien de mejor agüero , es que Colon pareció no haber llegado delante de Granada sino para ver eclipsarse allí para siempre jamás la media luna en presencia de la cruz , y las llaves de la ciudad entregadas á los reyes de España por Boabdil , el último de los reyes moros.

Este triunfo de su fe , cuyas consecuencias contaba él empujar hasta más allá del mundo conocido , llenó de gozo el alma de Colon ; pero no era más que un espejismo , aún esta vez , lo que abría horizontes á sus esperanzas.

Reunida otra vez apresuradamente la junta , no trató con tanto desden como ántes á un hombre tan francamente protegido por la reina ; pero , fuerte con el poco crédito que hasta entónces había encontrado en el rey , desechó con altivez las condiciones que Colon había creído deber estipular para sí mismo en caso de buen éxito.

Á pesar de las apariencias favorables con que á su vuelta se le había recibido , semejante Colon á aquel ministro que , hasta en el mayor apogeo de su favor , había conservado siempre en secreto su primer traje y su cayado de pastor , había él tambien conservado su mula. Cabalgóla tristemente , y sin haber proferido una queja ni avisado á nadie de su partida , se fué primero á Córdoba , donde le llamaban sus más caras afecciones y últimos arreglos de familia , volvió una vez más , pero secretamente , á Granada , donde nada había cambiado para él , y tomó finalmente el camino de Francia , dando en su corazon un eterno adios á España. Ya no contaba más con Isabel.

No tenía razon.

Efectivamente , aún no estaba á dos leguas de Granada , pronto á pasar con su mula el puente de Pinos , acudió á todo escape un lucido oficial , se detuvo delante de él , como para disputarle el paso , y luégo , apeándose , y descubriéndose respetuosamente , entrególe el mensajero real un pliego sellado con las armas de Aragon y Castilla.

Segun una version más probable que autorizada , Colon se resistió por de pronto hasta á enterarse de una mision que ya no podia en adelante cambiar en nada su resolucio ; pero , en nombre de Isabel , abrió el pliego , y en lugar de las promesas que creía encontrar en él , y que indudablemente no le hubieran hecho ceder , pudo leer la minuta de los despachos reales otorgando todo cuanto había pedido.

Muy pronto le veremos enumerar él mismo los honores y privilegios que le confería la reina , porque sólo á Isabel debía aquella aceptacion pura y simple de las condiciones impuestas y sostenidas con tanta dignidad por él mismo delante de la junta.

Pero ¿á quién debía aquella repentina y decisiva intervencion de Isabel? ¿Necesito decir que á Juan Pérez?

Apénas había sabido el buen padre la pobre decision de la junta , cuando sin intentar inútiles esfuerzos cerca de quien ella abrumaba , había acudido directamente á Isabel. Apoyado por el fiel Quintanilla y la bella duquesa de Moya , cuyo nombre á falta de más extensa mencion , debiera estar grabado aquí con letras de oro , defendió allí el animoso franciscano la causa del genio , no contra Isabel , á quien encontró enteramente persuadida , sino contra Fernando , que en el fondo no lo estaba mucho ménos , por lo que su resistencia no tenía nada de dogmática , sino que se apoyaba única pero obstinadamente en lo exhausto del tesoro. Esta eterna objecion era , hablando en verdad , la única que por tantos años tuvo la cuestion en suspenso. Para terminar aquello , tuvo la reina una inspiracion sublime : ofreció todos los diamantes , toda la pedrería de su corona , ofreciéndolos en garantía para los gastos de la expedicion.

Cedió el rey Fernando con su acostumbrada galantería , pero dejando á la corona de Castilla los riesgos y peligros de la empresa. Mejor obró Luis de Sanangel , recaudador de los derechos eclesiásticos en Aragon , porque dejó á la corona de Castilla todos sus diamantes ; rehusó la garantía de la reina , y se encargó de adelantarse todo el dinero.

Miéntas tanto había Juan Pérez tomado el camino de Palos , bendiciendo en su corazon el nombre de Aquél que tiene en su mano ménos el corazon de los reyes que el de las reinas. Apénas había un mes que estaba de regreso en su convento , y ya había llegado tambien al mismo Cristóbal Colon provisto de despachos reales que autorizaban su mision.

Á estos documentos iba anexa una cédula de privilegio , elevando á Cristóbal Colon á la dignidad de Gran Almirante del mar Océano , y confiriéndole el título de Don.

Finalmente , el puerto de Palos que , por una disposicion anterior , debía á la corona dos carabelas armadas y equipadas , estaba escogido como punto de un embarque que debía facilitar el municipio dentro del plazo de diez días.

Esta última cláusula excitó en la poblacion ménos entusiasmo que las primeras : los mismos marinos , que aún en la vispera , se habrían presentado todos fiadores de la exactitud de las ideas de Colon , manifestaron cierta repugnancia que llegó casi á la rebelion , luégo que se trató de contribuir á que se realizaran.

Este último esfuerzo del Maligno , segun una interpretacion cuyo origen puede

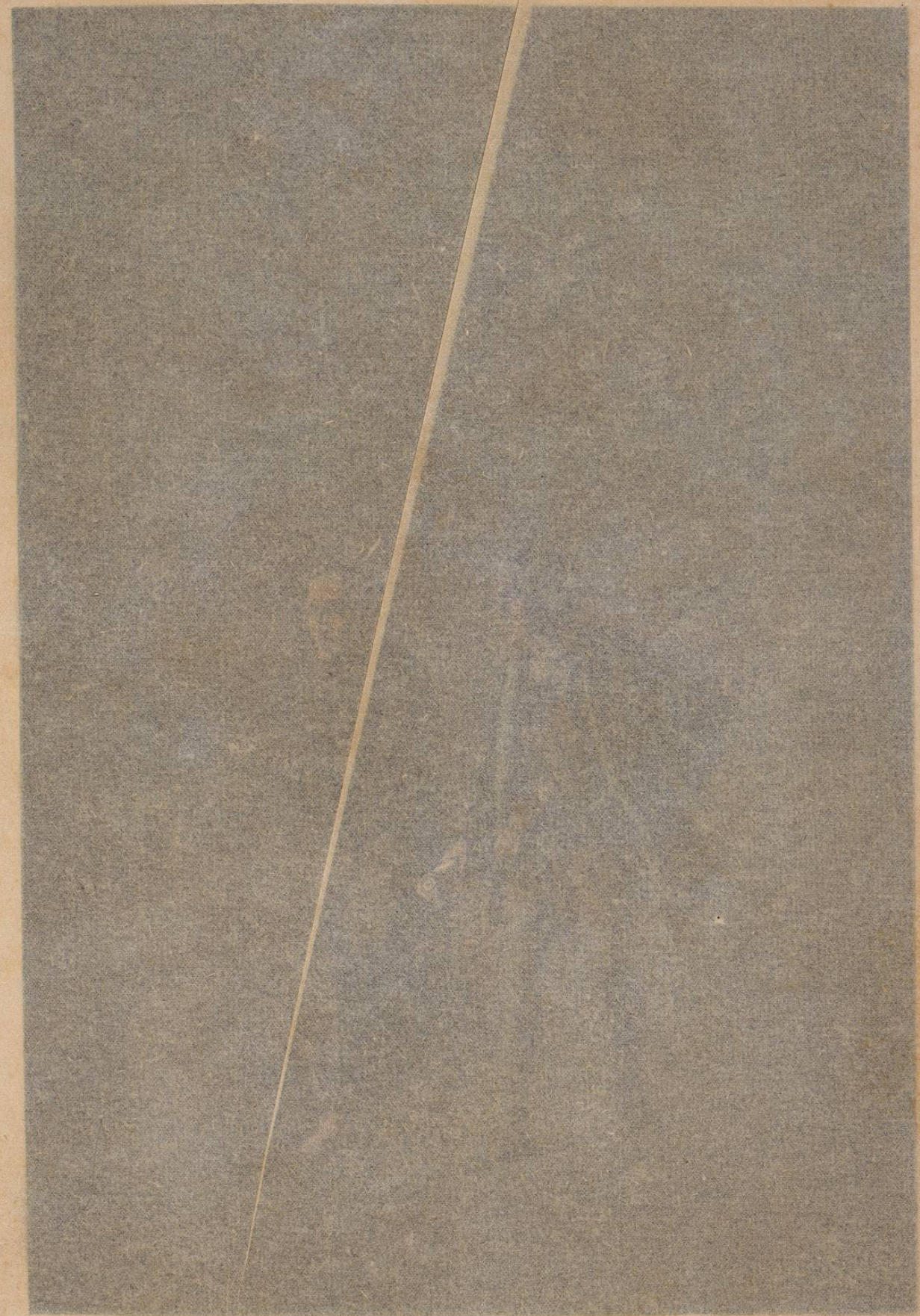
adivinarse, causó también grandes contrariedades al que en lo sucesivo llamaremos el Almirante. El siervo de Dios triunfó sin embargo, sostenido por la autoridad y sobre todo gracias á la persuasiva elocuencia de Juan Pérez y de sus frailes, que no cesaban de recordar su deber á los rebeldes, y de combatir sus terrores y los de sus familias.

La más importante conversión que obraron fué la de Martín Alonso Pinzón, de cuyas disposiciones anteriormente tan benévolas hemos hablado ya. Este personaje y sus dos hermanos se decidieron al fin á contribuir con sus bienes y personas al armamento de tres carabelas, lo mismo que á la aventurada expedición que iban á tentar.

Desde entonces todo marcha con mayor unidad y rapidez. Las dificultades se allanan, las murmuraciones se calman, los parientes se resignan, los amigos se convencen: se han dispuesto oficiales y marineros: sus asuntos, su conciencia, «todo está aparejado.» Estamos á las primeras horas del viernes, 3 de agosto de 1492; Colón, después de haber velado las armas, en el convento, baja al puerto, pasando por entre una multitud llorosa, agitada, pero respetuosa. Ha atracado *la Pinta*, y, en pie en el castillo de popa, en medio de un profundo silencio, su voz sonora ha mandado desplegar las velas «en nombre de Jesucristo.»

La campana del convento señala á lo lejos la misa de la aurora. Juan Pérez, desde lo alto de la costa, envía una última bendición á su amigo. La brisa le contesta, sopla del lado de donde viene la luz, de donde vino la salvación. Las tres naves han traspasado ya aquella barra del Odiel donde los vi con los ojos de la fé, donde la fé los verá siempre. El cielo, el mar, todo es propicio. Y ahora como decía Nolo en su lenguaje de marino y su fe bretóna:

—¡Hundido el diablo! ¡Vayan con Dios!



COLÓN ACOMPAÑADO DE SU HERMANO SE DIRIGE A PALOS PARA EMBARCARSE

adivinarsse, causó tambien gran admiracion en que en lo sucesivo llamaremos el Almirante. El siervo de Dios... sostenido por la autoridad y sobre todo gracias á la persuasiva... de Juan Pérez y de sus frailes, que no cesaban de acordar su deber... y de combatir sus terrores y los de sus familias.

La más importante conveniencia que ocurria fue la de... cuyas disposiciones anteriormente... personaje y sus dos hermanos... al armamento de tres carabelas... lo que dio que á la... expedicion que iban á tentar.

Desde entonces... marcha con... unidad y rapidez. Las dificultades se allanan, las... se resignan, los amigos se convencen: se han dispuesto... sus asuntos, su conciencia, «todo está...» Estamos á las... horas del viernes, 3 de agosto de 1492; Colon, despues de haber... en el convento, baja al puerto, pasando por entre una... para respetuosa. Ha atracado la Pinta, y, en pie en el... su voz sonora ha mandado... «¡Arribera!»

La campana... Juan Pérez, desde lo alto de... La brisa le contesta,... Las tres... de la fe, de... la devota:

«¡Heredad el mundo, y yo heredaré el cielo!»



COLON ACOMPAÑADO DEL PRIOR DE LA RABIDA SE DIRIGE A PALOS PARA EMBARCARSE